

VICTIMAS DEL TERROR

Hoy hemos sido espectadores de nuevo de una víctima de una de las mayores lacras sociales del último tercio del siglo nuestra historia democrática. Las implicaciones clínicas y forenses del daño psicológico en víctimas supervivientes del terrorismo son devastadoras. Las altas tasas de prevalencia del Trastorno de estrés postraumático (0,6) supone que el 54.5% de todas las víctimas directas de terrorismo lo padecen. En las víctimas de delitos violentos las mayores tasas de prevalencia del trastorno traumático con mayor sintomatología suceden en las víctimas de agresión sexual (0,7), seguido de las de violencia familiar (0,5) y violencia psicológica en el trabajo (0,4: mobbing).

Pero más allá de los datos estadísticos, hoy un grupo de personas, tanto víctimas directas como indirectas comenzarán por un proceso de duelo y esperamos de pronta reparación que pasará siempre por un apoyo incondicional que desde aquí les brindamos.

Este proceso comienza con una *fase de shock*. La persona queda paralizada por el delito con sensaciones de irrealidad e incredulidad (fase de negación). *Seguidamente comienza una etapa de miedo*. Se impone la realidad aplastante de los hechos y surgen el terror, el pánico, el miedo generadores de alteraciones graves en el comportamiento. Le sigue una *etapa de apatía y rabia*. A veces se alternan en el tiempo. Esta etapa puede ser larga en algunas personas; la apatía y resignación proceden de una “depresión traumática”. La rabia puede estar dirigida hacia uno mismo originando culpa y depresión, o dirigida hacia fuera, en forma de irritabilidad, hostilidad o conducta agresiva. Puede acompañarse de insomnio, pesadillas, autoacusación o elaboración del trauma mediante producción de fantasías. Puede desplazarse el conflicto hacia médicos, jueces, policías, asistentes sociales, etc., de tal forma que todos se comportan mal, “todos son culpables”. Finalmente se llega más a una *etapa de resolución del conflicto*. La persona victimizada puede comenzar a dejar de ser víctima. Se caracteriza por actitud hipervigilante y revisora de valores y actitudes. Esta etapa puede retrasarse según la duración e intensidad de las etapas precedentes.

A veces sin embargo ocurre *represión* en vez de resolución. Se comienza entonces un insidioso camino de cronificación. En esta etapa se dan los sentimientos pleitistas (*proyección*), de venganza; o de agradecimiento hacia los victimarios (regresión: “síndrome de Estocolmo”). Entre estas víctimas tan necesitadas de ayuda se encuentran especialmente las personas que cuentan con antecedentes psicopatológicos, que han sufrido secuelas físicas graves por el acto terrorista, que se sienten solas, que tienen hijos pequeños a su cargo, que quedan en unas condiciones económicas precarias, o que son inmigrantes en una situación inestable.

Pero más allá de la asistencia psicológica inmediata, una víctima de un suceso traumático, debe solicitar ayuda cuando los síntomas duran más de seis semanas que es el periodo normal de

D^a M^a Luz Sánchez Escalada. Psicóloga Clínica. Presidenta de APICV. Asociación Profesional Cántabra de Conflictología y Vicitmología.

duelo, o cuando hay una dificultad manifiesta en su funcionamiento cotidiano. Otra indicación de terapia es la negativa a hablar de lo sucedido, bien sea porque la persona se aíse o por que su entorno la evite.

El mejor afrontamiento de la vivencia traumática nunca puede realizarse de forma exitosa en soledad, necesita de la percepción de un sólido apoyo externo.

EL triangulo de la violencia

Como decía, hoy hemos sido espectadores de una victima mortal de un daño público, el que siempre se comente invocando en nombre de muchos o de razones públicas. La complicidad en la violencia, no es simple, - un eje de victimas y verdugos-, pasa por el último vértice del triangulo dramático, el del espectador pasivo. La subcultura de la violencia inmersa en el País Vasco, corre de la mano de narrativas normalizadoras de la violencia y de posturas ideológicas de soberanísimos, nacionalismos que se posicionan en el vértice cómplice de la violencia.

-Según las investigaciones en psicología social, las biografías de los exterroristas no revelan ni especiales traumas personales, ni un serio desarraigo social ni ninguna sicopatología; en cambio, sí tiene interés en bastantes casos, la tradición política familiar al ser verificable cierta continuidad generacional (terroristas de izquierda hijos de expartisanos y terroristas ultras hijos de antiguos fascistas)- .

El terrorismo en si mismo es una forma de acción, identificada en la figura del terrorista, que lleva a cabo acciones fundadas en el miedo o la impotencia de las victimas, las cuales a su vez son objetivos indirectos deshumanizados. La actividad terrorista posee una fundamentación política o ideológica, que justifica la utilización de cualquier medio, para la reivindicación de sus propósitos u objetivos, en contra del gobierno o la sociedad. La propia acción terrorista implica violencia física y psicológica, esta estructurada y se basa en los medios de comunicación para difundir sus ideales, los cuales en numerosas ocasiones son de carácter económico. El terrorismo hace uso de contextos ritualizados y simbólicos, y convierte en prioritaria la acción sobre la ideología: cuanta menos aceptación nacional y social tienen, mas se radicaliza.

El mito del dialogo

En la primera acepción que refleja el Diccionario de la Real Academia, dialogar equivale a conversar o intercambiar opiniones y argumentos, generalmente con fines persuasivos.

D^a M^a Luz Sánchez Escalada. Psicóloga Clínica. Presidenta de APICV. Asociación Profesional Cántabra de Conflictología y Vicitmología.

Obviamente, esta forma de diálogo socrática basada en el compromiso de buscar y aceptar aquellas ideas y decisiones basadas en los mejores argumentos es muy real y cumple funciones humanas importantísimas, tanto en el ámbito de la convivencia cotidiana en la práctica clínica y, por supuesto, en la política democrática. Sin embargo, se trata de una noción mítica cuando se aplica a describir un proceso de negociación con cualquier organización radical y violenta.

Cuando los terroristas acceden a dialogar con sus adversarios no adoptan ninguna actitud socrática ni acuden a descubrir ninguna verdad. Sólo quieren negociar, forzar concesiones o ganar tiempo. A fin de cuentas, los terroristas constituyen una versión extrema del hombre-masa sobre cuya nociva psicología ya avisara Ortega al iniciarse la década de 1930: *“un tipo de hombre que no quiere dar razones ni quiere tener razón (aunque lo aparente), sino que sencillamente se muestra resuelto a imponer sus Opiniones”*